



UN AÑO DE GUERRA

UN AÑO
DE GUERRA



UN AÑO DE GUERRA

ROMA - 11 GIUGNO XIX



LA HORA DE LAS DECISIONES IRREVOCABLES



EL DUCE, desde el balcón del Palacio Venecia, a las 6 de la tarde del 10 de junio de 1940-XVIII :

Combatientes de tierra, mar y aire ; Camicas Negras de la Revolución y de las Legiones ; hombres y mujeres de Italia, del Imperio y del Reino de Albania, ¡ escuchad !

La hora señalada por el destino suena en el cielo de nuestra Patria : la hora de las decisiones irrevocables.

La declaración de guerra ha sido ya entregada a los Embajadores de Gran Bretaña y Francia.

Lucharemos contra las democracias plutocráticas y reaccionarias de Occidente, cuyo empeño ha sido siempre obstaculizar la marcha y poner insidias a la existencia del pueblo italiano.

Varios años de la historia más reciente se pueden resumir con estas palabras: promesas, amenazas, coacciones y por último el vil bloqueo de 52 Estados.

Nuestra conciencia está absolutamente tranquila.

El mundo entero es testigo con todos vosotros de que la Italia del Lictorio ha hecho cuanto humanamente le era posible para evitar la tempestad que se abate sobre Europa, pero todo ha sido inutil.

Bastaba revisar de nuevo los tratados para adaptarlos a las nuevas exigencias de la vida de las Naciones y no considerarlos como intangibles para toda la eternidad. Bastaba no haber iniciado la política de las garantías, que se ha demostrado fatal, sobre todo para los que las aceptaron, bastaba no rechazar la propuesta que el Fuhrer hizo el 6 de octubre del año pasado, inmediatamente después de la campaña de Polonia.

Todo esto pertenece ya al pasado.

Si nosotros estamos decididos hoy a afrontar los riesgos y los sacrificios de una guerra, es porque el honor, los intereses y el porvenir férreamente lo imponen. Un pueblo grande es en verdad tal, si acepta como sagrados sus compromisos y no trata de esquivar las pruebas supremas que marcan el curso de la historia.

Nosotros enpuñamos las armas para resolver, después de haber ya resuelto el problema de nuestras



fronteras continentales, el problema de nuestras fronteras marítimas.

Queremos romper las cadenas de orden territorial y militar que nos sofocan en nuestro mar, porque un pueblo de 45 millones de almas no puede considerarse libre, si no tiene libre salida al Océano.

Esta lucha gigantesca no es más que una fase y el desarrollo lógico de nuestra Revolución; es la lucha de pueblos pobres y numerosos en brazos contra los que detentan ferozmente el monopolio de todas las riquezas y de todo el oro de la tierra.

Es la lucha de los pueblos jóvenes contra los pueblos estériles y decadentes, es la lucha entre dos siglos y dos ideas.

Ahora que los dados han sido echados y hemos quemado los bajales a nuestra espalda, Italia no desea arrastrar al conflicto a otros pueblos conlindantes con ella por mar o por tierra.

Suiza, Yugoslavia, Grecia, Turquía y Egipto levanten acta de estas palabras mías; de ellas, y sólo de ellas, depende que sean o no rigurosamente confirmadas.

Italianos!

En una memorable reunión la de Berlín, dije que, según las leyes de la moral fascista, cuando se tiene un amigo se marcha junto a él hasta el fin.

Esto es lo que hemos hecho y lo que haremos con Alemania, con su pueblo, con sus victoriosas fuerzas armadas.

En la vigilia de un acontecimiento como este de transcendencia secular, dirigimos nuestro pensamiento a la Majestad del Rey Emperador que, como siempre, ha interpretado el alma de la Patria, y saludamos a la vez al Jefe de la grande Alemania nuestra aliada.

La Italia proletaria y fascista, por tercera vez, se pone en pié, fuerte, alta y compacta como jamás lo estuvo.

El santo y seña es uno solo, categórico y decisivo para todos, que vuela y enciende ya los corazones desde los Alpes al Océano Índico: ¡Vencer! y venceremos para dar finalmente un largo período de paz con justicia a Italia; a Europa, al Mundo.

Pueblo italiano, a las armas, ¡y demuestra tu tenacidad, tu valor, tu coraje!

PARA LA POTENCIA DEL PUEBLO ITALIANO

EL DUCE, el 31 de agosto de 1939, con el fin de eliminar las cláusulas del tratado de Versalles que amenazaban desencadenar una nueva guerra, había lanzado la propuesta de una reunión en Roma entre las Potencias interesadas. Este noble intento era la consecuencia lógica de la política revisionista del Duece, afirmada ya en mayo de 1919, cuando aun no había sido firmado el tratado de Versalles, y después tenazmente seguida con el Pacto de los Cuatro en Locarno con precisas y prácticas proposiciones para la limitación de armamientos, con la política constructiva de la Europa central y sud-oriental, hasta los acuerdos de Munich de septiembre de 1938, cuando los pueblos tuvieron la esperanza de que Europa entraba finalmente por los rumbos de la paz y del orden.

Bien pronto se vió sin embargo, que también los Acuerdos de Munich eran inutiles. La Gran Bretaña no había aceptado la derrota — la primera en la historia británica desde el tratado de